

Biblioteca
Alexandr Solzhenitsyn

Un día en la vida de Iván Denísovich

Traducción de Enrique Fernández Vernet

F Á B U L A
TUSQUETS
EDITORES

Prólogo	
Los números no pesan, los manuscritos no arden, <i>por Enrique Fernández Vernet</i>	9
Nota del autor	19
Un día en la vida de Iván Denísovich . .	21

Prólogo:
Los números no pesan,
los manuscritos no arden

En 1961 llegaba a la mesa del poeta A. Tvardovski, director de la revista literaria *Nóvy Mir*, un relato escrito dos años antes por un maestro de escuela de Riazán, un perfecto desconocido. Cuentan que por la noche, cuando estaba leyendo el manuscrito en su casa, Tvardovski se alzó de la cama para ponerse traje y corbata: seguir en pijama le hubiera parecido una falta de respeto. Al poco, le presentaba el texto a Nikita Jruschov. Tras haber obtenido el *plá-cet* personal del máximo dirigente soviético, en octubre de 1962 se dio luz verde a su publicación, en plena crisis de los misiles cubanos. En aquel entonces, la Unión Soviética era un país de grandes acontecimientos: había lanzado al primer hombre al espacio (abril de 1961) y levantado el Muro de Berlín (agosto de 1961). Cosas aún más grandes estaban por venir.

Un día en la vida de Iván Denísovich narraba las cuitas y vejaciones de un preso ordinario, condenado sin razón, casualmente cien años justos después de que Dostoyevski hubiera descrito los presidios zaristas en *Recuerdos de la casa de los muertos*. La diferencia era que ahora los presos podían ser soldados injustamente acusados de traición (hasta el punto de que en el campo penitenciario el único espía de verdad se convertía en una curiosidad), que se castigaba a

niños con todo el peso de la ley y que los reclusos estarían más que dispuestos a comer carne agusanada. Alexandr Solzhenitsyn relataba *un buen día* en un campo de reclusión, un día casi feliz, sin percances extraordinarios, uno de esos días que sucede a otros hasta sumar diez años de condena sin haber perdido la vida, la esperanza ni la dignidad. Ya lo había dicho Tolstói: una obra literaria podía ocuparse tanto de siglos de historia europea como de un solo día en la vida de un hombre.

La estructura es engañosamente simple, es un mosaico de datos que forman un cuadro completo a medida que avanza la lectura y contemplamos desde más lejos. Solzhenitsyn emplea un esquema trino: mañana, mediodía y noche; diana, almuerzo y toque de queda. Muchos son los elementos que se mencionan tres veces: el chusco de pan, el paso directo del frente al campo especial, los remiendos que hace Iván Denísovich Shújov para sacar dinero, la cuchara grabada guardada en la bota, el cielo estrellado, el soborno para cambiar de muda, el rollo de cartón alquitranado para no pasar frío, los presos que lamen los restos de los platos, la hojita de sierra extraviada en la nieve, la posibilidad del destierro al concluir la condena, etcétera. Tras varias menciones, podemos unir los retazos y obtenemos una descripción de ese mundo en más detalle, a veces por alusión (como en el caso de Senka Klevshin, cuyo único delito ha sido que los americanos lo liberaran de Buchenwald). Como Iván Denísovich, el lector debe estar siempre alerta, no quedarse en Babia.

El retrato de los personajes se hace con trazos sueltos, y también es fragmentada la descripción de la jerarquía y

las prebendas dentro del campo. Poco a poco aprendemos a distinguir entre capataces, jefes de brigada, celadores, escoltas, ordenanzas, interventores o responsables de barracón. Nos familiarizamos con un mundo chocante de *loritos* y *trabajas*, de *girallaves* y *pasamanos*, con un argot tomado en ocasiones de la germanía. El autor aclara en notas estos términos al lector ruso, y el traductor hace lo posible por ingeniar palabras en castellano. La estructura y el estilo tienen por objeto sumir de inmediato al lector en la perplejidad. Es un mundo desconcertante y extraño, en el que el habla coloquial se combina con la lengua en ocasiones arcaizante del narrador, en el que hay tonalidades ucranianas, estonias y letonas, y abundancia de modismos. En el prefacio a la primera edición, Tvardovski incluso pedía disculpas por el uso de tantas palabras gruesas, algo insólito en una obra literaria soviética. El registro coloquial se deja ver también en los nombres propios, con el patronímico en forma breve: Vasili Fiódovich (por Fiódorovich), Iván Denísich (por Denísovich), etcétera, o el nombre en diminutivo (Kolia por Nikolai, Vania por Iván, Alioshka por Alexéi).

Hablando de nombres, nuestro protagonista se llama dentro del campo S-854. Es un campesino de Temgueniovo, una aldea tan pequeña que no tiene ni iglesia (para oír misa o enterarse de que están en guerra, hay que llegarse a Polomnia, el pueblo de al lado). Inculto y supersticioso, no puede saber que las citas bíblicas de su vecino de litera son del Nuevo Testamento y no de los Evangelios, porque para él, que no es practicante ni cree en el clero, no hay diferencia alguna. Recluso en un campo para presos políticos,

Shújov recibe un trato deshumanizado de guardianes y mandos, que deben dirigirse a él por el número que lleva cosido a la ropa (y él a ellos debe tratarlos de «ciudadano»)... Literariamente hablando, S-854 es pariente de D-503, el protagonista de *Nosotros*, otra novela rusa del siglo XX acerca de personas convertidas en matrículas. Su autor, Evgueni Zamiatin, también tuvo que abandonar el país, años antes que Solzhenitsyn...

Pero como dice Shújov en determinado momento, «los números no pesan», lo que cuenta es sobrevivir, no desfallecer, y regresar con vida a la aldea. Ello no significa perder la dignidad, sino mantener el sentido común. Simplón, pero no inocente, artero pero no deshonesto, humillado pero no desvalido, sumiso pero no degradado, Shújov distingue bien las cosas que importan. Para los mandos, fríega el suelo con desgana, pero pone celo y orgullo en su pared de ladrillos y cuida sus enseres, su paleta de albañil, su navajita. Ni una sola vez contempla el suicidio. Desterrado como en su día Dostoyevski, el protagonista lucha por sobrevivir la condena «de cabo a cabo».

Esta expresión, con la que Solzhenitsyn cierra solemnemente el relato, es uno de los abundantes modismos penitenciarios con que se expresaban los hijos del Gulag, una orgullosa estirpe con sus propios usos y costumbres. Las dos únicas referencias a la Fiscalía son variaciones del giro: «Ya te echará más el fiscal» (que en los campos se empleaba en cualquier ocasión en que se hablara de pedir más de algo), el instinto de conservación del preso se resume con el lema «¡Hoy muérete tú, que yo me espero a mañana!» (tomado del hampa) y la actitud hacia el trabajo forzado se

disfraza de lamento socarrón porque la jornada laboral es demasiado corta. La condena es como una canilla que se va desenredando.

Que existían los campos no era un secreto para nadie, pero hasta publicarse esta obra nunca se habían leído testimonios directos. No es que aquello pillara a nadie por sorpresa, pero la sociedad no había podido escuchar cómo era la vida diaria en un campo, cómo eran las relaciones entre presos y mandos, cómo se sobrevivía en esas condiciones, cómo hablaban, qué comían. Una vez más, la URSS era el único país del mundo con un pasado imprevisible, como decía el chascarrillo popular. Los que habían cumplido condena no podían volver a casa, se les imponía un destierro alejado, que no podían abandonar sin autorización especial. El confinamiento había impedido que llegara a las ciudades la memoria viva de los campos de reclusión. El propio autor había estado confinado entre marzo de 1953 y junio de 1956 en Kok-Kerek, al sur de Kazajstán. Las referencias a la fábrica de turba y a los pintores ambulantes son realidades de ese lugar, donde por primera vez tras ocho años de condena pudo contemplar el firmamento estrellado en todo su esplendor, sin focos ni alambres de espino. En *Pabellón de cáncer*, el autor describiría como un atributo de libertad el derecho a mirar las estrellas sin que las cegaran los reflectores del campo.

Ésta fue la única obra de cierta extensión de Solzhenitsyn editada en la Unión Soviética de entonces. La reacción del público alarmó a las autoridades; a las editoriales no paraban de llegar manuscritos en que se describía el sistema penitenciario con pelos y señales. Como nos cuenta

el autor en *Archipiélago Gulag*, «por feliz circunstancia» recibió unos doscientos testimonios que le permitieron completar esa nueva obra, cuya redacción había tenido que interrumpir al comprender que no bastaba con su experiencia personal sobre aquel «mundo monstruoso». Sin posibilidad de publicarse, sus libros comenzaron a circular en el *samizdat* y el *tamizdat*, en ediciones clandestinas, en Rusia o afuera, a veces sin control del autor. En su día, a Tolstói le había ocurrido lo mismo: el *Daily Telegraph* había publicado sin consultarle textos suyos censurados.

A partir de ese momento, Solzhenitsyn no tuvo más que problemas con las autoridades. Decidió repartir sus originales entre una red de fieles y anónimos colaboradores (sobre ellos trata su obra *Aliados invisibles*, inédita en español). Algunos se perdieron o fueron confiscados. Pero como dijera Mijaíl Bulgákov, los manuscritos no arden. Sus obras acabaron abriéndose camino; la verdad siempre triunfa (aunque es cierto que puede tardar más, a veces hasta siglos). Solzhenitsyn, que en un principio no había caído preso por haberse enfrentado al régimen, sino por una temeraria alusión a Stalin en una carta desde el frente, se había convertido ahora en todo un disidente, temido y respetado. Con el tiempo y un premio Nobel de literatura, se erigiría en un coloso moral indispensable para entender el siglo XX, en Rusia y en el mundo.

La edición publicada originariamente en *Nóvy Mir* es una versión aligerada por el propio autor en la que no se habla del Canal del mar Blanco como una obra de esclavos, de la insolidaridad entre los presos y entre países «hermanos», de las palizas que recibió Shújov de los del con-

traespionaje, de las condenas de veinticinco años a todos los baptistas sin distinción, del comentario burlón de Shújov ante la ingenuidad del capitán, que aún cree en la justicia soviética, de las penurias del pueblo llano por los obstáculos de las autoridades, del acuchillamiento de chivatos, del trabajo cuidado y la prosperidad en Letonia, del desgobierno en las granjas colectivas, de la expulsión de Tiurin del ejército por sus lazos familiares, del engaño descarado al almirante extranjero en Sebastopol o de la ejecución de los fugitivos. De nuevo, retazos que forman un cuadro completo de una sociedad, dentro y fuera de la cárcel.

Es la primera vez que se traduce al castellano el texto definitivo y completo del autor, directamente del ruso. Hasta ahora, la única traducción directa en España —al catalán— había sido la magnífica versión de Augusto Vidal, de 1964, mientras que las otras tres (Círculo de Lectores, Bruguera y Plaza & Janés) habían venido del francés y el alemán. Las obras de denuncia pasan por una primera etapa en que prima el mensaje político y la inmediatez, pero con el tiempo —una vez se han difundido y asimilado— debe acabar prevaleciendo el aspecto literario. Casi medio siglo después, sin la premura acusatoria, podemos concentrarnos en todo aquello que hace de *Un día en la vida de Iván Denisovich* una joya literaria. Su principal recurso estilístico es su lenguaje directo y desgarrado y las abundantes referencias sensoriales (el frío, el sueño, el humo del tabaco, los alimentos en la aldea). Ello le da al relato —escrito en apenas cuarenta días— la intensidad innegable de algo real, vivido en carne propia, narrado con espontaneidad. Conociendo a Solzhenitsyn, el protagonis-

ta no podía ser sino un campesino sin estudios, más apto para la vida en los campos que un frágil ex director de fábrica o un intelectual incauto que sólo sabe de cine. Como decía Camilo José Cela, hay verdades que se sienten con el cuerpo, como el hambre o las ganas de orinar.

Muchos presos estaban vanamente convencidos de que llegaría una amnistía. De ahí la referencia a la falta de clemencia de Stalin que Shújov –y el autor– comparten. Solzhenitsyn nunca se hacía ilusiones, pero sabía perfectamente qué cosas sí eran posibles. La ortodoxia soviética le privó de la ciudadanía, como había excomulgado la iglesia a Tolsói (y con esto queda también nombrado tres veces). Desde su exilio de Vermont siempre afirmó que volvería vivo a Rusia, y así fue. Los números no pesan. Regresó con vida a la aldea, en 1994. Siempre guardó los retales con su número del campo, S-262, sacados en secreto de Ekibastuz. Los números acabarían siendo clavos en el ataúd de la URSS.

Alexandr Isáyevich Solzhenitsyn (1918-2008) no podía concebir la existencia sin Bach, Beethoven y Schubert. Fue hombre de siete vidas, como Iván Denísovich Shújov. Sobrevivió al frente, a los trabajos forzados, a un cáncer, a las persecuciones y a la nostalgia del exilio. Hubiera cumplido 90 años este mes de diciembre. En *Pabellón de cáncer* había reflexionado: «Y cuando pregunte la Historia por cada uno de nosotros, sobre la tumba: ¿qué clase de persona fue?, habrá que elegir como en Pushkin:

En este siglo abominable,
es el hombre en todas partes
tirano, traidor o prisionero».